

La legislación civil, con muy ligeras alteraciones, era en Chile el antiguo derecho real de España; recientemente, el distinguido escritor y jurisconsulto D. Andrés Bello, ha redactado un Código civil, que examinado por una comisión, ha recibido la sanción legislativa, y ha empezado a regir en 1.º de enero de 1857. El Sr. Varas, antiguo ministro del Interior, está al presente encargado de redactar un Código de procedimientos.

Damos aquí fin á nuestro bosquejo económico y estadístico, árido de suyo como todos los trabajos de esta especie, pero de gran enseñanza para los que atentamente reflexionen sobre los guarismos alegados.

Chile cumple los tratados, ha seguido las huellas de la administración española, manteniendo una centralización moderada en lo político y en lo administrativo; en las reformas ha sido prudente, en la libertad sobria y desapasionada, sin dejar que predomine influencia extranjera; descartando el militarismo ha podido refrenar la demagogia; enalteciendo la virtud y la honradez, se ha hecho respetar de propios y extraños. Persistiendo en estas ideas patrióticas su fomento será cada día mas rápido.

NECROLOGIA.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

De entre nosotros acaba de desaparecer otro varón ilustre perteneciente á la generación vigorosa, de quien aprendimos á amar á la patria y á defender la libertad sin economizar sacrificios. D. Manuel José Quintana, nacido en Madrid el 11 de abril de 1772 y bautizado en la parroquia de San Ginés; coronado por manos de S. M. la reina Doña Isabel II en la solemnidad nacional celebrada el 25 de marzo de 1853; aplaudido en todos los ámbitos del Orbe, donde se rinde culto á las Musas, ha espirado á las siete de la mañana del día 11 del mes que corre. Ya el día de su santo se hubo de privar de la satisfacción que experimentaba en recibir á sus numerosos amigos, necesitando guardar cama, y desde entonces se puede decir que no volvió á levantar cabeza; lo avanzado de sus años y lo cruel del último invierno le postraron del todo y pusieron término á su vida honrosa.

Con decir que pasó en Córdoba su niñez endeble, y cursó jurisprudencia en Salamanca, y desempeñó su primer destino en la Junta de Comercio y Moneda, y fue secretario de la Junta Central, creada para dar unidad á los esfuerzos de los españoles contra el dominador de Europa, y trabajó en Cádiz sin reposo por la independencia y la libertad de nuestra patria, y después del triunfo no alcanzó otro premio que el del martirio en la ciudadela de Pamplona, y al asomar la nueva aurora de libertad en 1820 promovió ardorosamente la enseñanza en la Dirección general de estudios, y tres años mas tarde se hubo de refugiar á un rincón de Estremadura, suelo nativo de su padre, para evitar persecuciones, y desde la inauguración del reinado de Doña Isabel II le han venerado todos los partidos, haciéndole unos ayo de la reina, otros vicepresidente del Consejo de instrucción pública y miembro del Senado, y condecorándole con la gran cruz de Carlos III, se da á conocer al hombre notable, al liberal consecuente, mas no al escritor ilustre, al poeta magno, al patriarca de la literatura española, palma que no le puede disputar nadie.

Sus poesías debieran estar grabadas en letras de oro; volvedlas á ver una á una; allí encontrareis que se estaba ante el canto y la danza, ó rinde culto á la hermosura, ó se alborozaba en un convite de amigos, ó se despedía de la juventud con melancólico tono; pero no se os ocultará que el patriotismo es el que habitualmente inflama su número escelso, y anima su voz poderosa, y le hace pulsar con entusiasmo la áurea lira y no desfallecer en la heroica empresa de restaurar á la nación, grande en otros tiempos, y abatida hasta el oprobio á fines del siglo pasado y á principios del presente. Abrió la colección de las obras completas de Quintana, impresas el año de 1832 por el laborioso y entendido Rivadeneyra, y en la primera página hallareis la magnífica oda á *Juan de Padilla*, donde por boca de este héroe sin ventura, escita á sus compatriotas á sacudir el letargo en que yacen sumidos, ora dándoles en ojos con su afrenta, ora impulsando su bizarría á seguir el sendero de la virtud, el valor y la patria. Continúa y le vereis tronar contra la guerra en su oda á *la Paz entre España y Francia en 1793*; y encomiar á Balmis por su humanitaria expedición á América para introducir allí la vacuna; y ensalzar el mayor vehículo de la civilización del mundo en su imponderable oda á *la Invención de la imprenta*; y rendir tributo de admiración á Guzman el Bueno; y gemir por los que sucumbieron en Trafalgar y conquistaron tanta gloria, aunque les fue adversa la fortuna; y augurar felicidades de resultados de la elevación de Jovellanos al ministerio de Gracia y Justicia; y trazar en su precioso poema del *Panteon del Escorial* el origen y la intensidad de nuestras desdichas; y recordar en su tragedia del *Pelayo* que son incontrastables el valor y la constancia de un pueblo para reconquistar su independencia; y sobre todo arder en amor patrio ante el *Armamento de las provincias españolas contra los franceses* y producir estrofas como esta:

«Genios que acompañais á la victoria,
Volad y apercebida en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,
Que crecen cuando lloran los tiranos.
De ellos ceñido el vencedor se vea
Al acercarse al Capitolio ibero.
Ya llega, ¿no le veis? astro parece
En su carro triunfal, mucho mas claro
Que tras tormenta el sol. Barrid las calles
De ese terror que las yermaba un día;
Que el jubilo las pueble y la alegría;
Los altos coronad, henchid los valles,
Y en vuestra boca el apacible acento,
Y en vuestras manos tremolando el lino,
«Salve» esclamad, libertador divino;
«Salve», y que en ecos mil lo diga el viento,
Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones
Volar rugiendo al alto Pirineo,
Y allí alzar el espléndido trofeo
Que diga: Libertad á las naciones.»

No hay de seguro en las *Mesemianas de Tisico* arranques mas impetuosos ni ardimiento mas entusiasta que en la valiente oda *A España despues de la revolucion de marzo*. Si lo consintiera el espacio de que dispongo, la transcribiria letra por letra; mas no puedo prescindir de copiar sus últimas estrofas:

«Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra: su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada:
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.
En torbo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frias,
En fiero y ronca voz pronuncian «¡Guerra!»
¡Pues qué! ¿con faz serena
Viérais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion agena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojaros á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Jurado, ella os lo manda: «Antes la muerte
Que consentir jamás ningun tirano.»
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Cefidme el casco fiero y resfulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? No iré, aspirando
A encontrar nuestros inclitos mayores?
¡Salud! oh padres de la patria mia,
Yo les diré ¡salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.»

Si leyendo estas inspiradísimas estrofas no se levantara mi espíritu á las esferas de lo sublime, y no se enardeciera mi sangre hasta el punto de querer saltar de las venas, creeria haber perdido el amor á la libertad y el sentimiento del patriotismo que me animan desde la infancia, y no decaen en mi edad madura, y sin los cuales no concibo ni la honra, ni aun la existencia. Todo es grande en las poesías de Quintana, el pensamiento, la entonación, las imágenes, el estilo: por todo merece el privilegiado puesto que ocupa en la cumbre de nuestro Parnaso: mas alto número superaría á la naturaleza humana: ni las odas de Pindaro son de mayor magnificencia que las suyas.

Tambien es para Quintana título de gloria su escelente colección de poesías castellanas, y la introducción que las puso es un tesoro de erudición y de buen gusto. Como historiador no merece menos lauro que como poeta, pues mostrós en sus *Vidas de Españoles célebres* digno emulo de Plutarco. Nunca han sido mejor presentadas las grandes figuras del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el príncipe de Viana, el Gran Capitán, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, D. Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas. Y harto es de sentir que esta preciosa galería no contenga mayor número de retratos! Aunque publicadas aparte, las vidas de Cervantes y de Melendez Valdés son tambien de españoles famosos y producen la misma agradable lectura y utilidad moral que las otras: tanto como en sus composiciones poéticas, se ve en estos cuadros históricos la propension íngénita de Quintana á lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Una joya añadió á las que produjo su mente, y ya enriquecían nuestra literatura, en la colección completa de sus obras; y es la de las diez cartas escritas á lord Holland sobre los sucesos políticos que durante la segunda época constitucional tuvieron lugar en España. Inmediatamente despues de la ruina de aquel sistema fueron escritas, y bajo la doble impresion de la amargura que afligia á los españoles por los males sin cuento amontonados sobre su patria, y del enojo de verse insultados y calumniados por todos los ecos vendidos al despotismo europeo, echándose en cara á los vendidos su misma confusión y vergüenza como resultado de su terquedad y sus extravíos. Siempre inflamado Quintana por el fuego del amor patrio, creyó deber de todo español rechazar este sistema de difamación y de injusticia, y apresuró á cumplirlo por su parte, dirigiéndose á un extranjero ilustre, con quien de mucho antes le unian estrechos vínculos amistosos, y que, como aficionado á nuestras cosas, defensor perpétuo de los intereses de nuestra libertad, y respetado en toda Europa por su carácter y sus principios, podría autorizar mejor el desengaño, y prestando un fuerte apoyo á la verdad, contribuir poderosamente al propósito de la obra. Nada mas interesante que la relación de tan grande naufragio hecha por uno de aquellos á quienes el rudo temporal acababa de arrojar á desnuda playa. Su principal mérito estriba en que ni la pasión política, ni la desgracia intensa pueden nada sobre el recto juicio y la severidad magestuosa del historiador eminente. Poco leídas deben haber sido estas cartas, y á fé que son muy dignas de estudio. Con algunas líneas las encabeza, y voy á copiar las últimas tan solo, trazadas á

los ochenta años, como prueba irrevocable del vigor de la fibra, de la entereza del carácter y de la firmeza de las opiniones del gran Quintana.

«Siendo por tanto estas cartas mas bien una obra histórica que doctrinal (dice con gravedad suma), por demas sería buscar en ellas un sistema de gobierno representativo sobre que argumentar y discurrir. Sin duda el que las ha escrito tiene el suyo propio, que prefiere á los demas, pero sin pretender que en él esté precisamente cifrada la felicidad y el porvenir de la nación española. ¡Lejos de él tan impertinente presunción! Confesará, sin embargo, y la obra presente lo da á entender donde quiera, que su inclinación propende á las ideas francamente liberales, á aquellas que como triviales son desdeñadas por los unos y tachadas por los otros de anárquicas y peligrosas. De ello no me acuso, ni me absuelvo. La libertad es para mí un objeto de acción y de instinto, y no de argumentos y de doctrina; y cuando la veo poner en el alambique de la metafísica, me temo al instante que va á convertirse en humo.

«Podrán en buen hora otras teorías políticas ser mas útiles en tiempos ordinarios, estar mas bien digeridas, mas sábiamente concertadas; yo aquí no se lo disputo. Pero disponer mejor el ánimo para adquirir la libertad cuando se aspira á ella, para defenderla cuando se posee, y para recobrarla cuando se ha perdido, eso es muy dudoso que lo hayan hecho, ni puedan hacerlo jamás.

«Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres ó no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. Por consiguiente han de ser atacados sin cesar, y si no se atiende á su defensa con decision y constancia, serán al fin miserablemente atropellados. El estado de libertad es un estado continuo de vigilancia y frecuentemente de combate. Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan á la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena de gladiadores encarnizados. Este espectáculo á la verdad no es agradable; pero hay otro mucho mas repugnante todavía, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otro á los compañeros de Ulises.»

Vanamente se buscaria en los escritos ni en las acciones de Quintana algo que no sea noble y digno; sus obras son el espejo de su alma: dechado de altas virtudes, jamás cerró sus oídos á la súplica del menesteroso, ni omitió diligencia por hacer bien á sus semejantes: amigo mas cariñoso sin afectación alguna es muy difícil encontrarlo: no aspirando nunca al magisterio, hasta en el trato familiar se aprendía mucho de su boca: todo el que tenia la honra de consultarle sus producciones, llevaba la seguridad de salir ganancioso de la consulta. Sobre este punto hablo por experiencia propia, como que me glorio de que se dignara corregir las pruebas de mi *Historia del levantamiento de las comunidades de Castilla*, y entre mis escasos timbres literarios cuento como uno de los mayores su juicio sobre mi *Historia del reinado de Carlos III en España*.

Siempre el sentimiento del honor guió sus acciones: jamás su hombría de bien dió tropiezos; y así ha sobrellevado sus dolencias con verdadera conformidad cristiana, y ha muerto como varón justo. Traficante de ideas religiosas no lo fue nunca; las profesaba muy de veras, si bien hubiera creído rebajar torpemente el sacratísimo dogma del Crucificado, escamoteándolo á favor de una bandera: antes se taladrara la lengua con los dientes y la escupiera de la boca que llamar *partido católico* á ninguno de los pasados; ni presentes, ni venideros, sabiendo que la Iglesia católica es la congregación de todos los fieles y que las opiniones políticas no se cuentan entre el número de los pecados. No es, pues, maravilla que los que se engalanaban con el título de monárquico-religiosos, y se ensoberbecen imaginando que á ellos toca exclusivamente conceder ó negar tan venerandas é inapreciables calificaciones, todo por nutrir sus delirios del absurdo retroceso á un abominable pasado, hayan hecho coro á las alabanzas justas y estensas, discernidas al gran Quintana por hombres de todos los matices, con su silencio ó su censura. A la verdad los elogios de ellos dañarian á la fama inmortal del insigne vate, que debió á Dios el pujante estro que se necesita para producir una oda como la inspirada por *la invención de la imprenta*. Lo que debía suceder ha sucedido por fortuna, y yo me congratulo como uno de los admiradores de Quintana y de los que hacen gala de serle deudores de lecciones muy provechosas.

Aun cuando á la hora de su muerte se hubiera hallado Quintana constituido en dignidad muy alta, si no se captara en vida la admiración y el respeto de sus conciudadanos, su entiero fuera quizá notable por el aparato de oficio, bien que á su féretro no siguieran mas que medio centenar de personas y unos cuantos cartujes. Modestamente vivía lejos de toda influencia: al ser colocado su cadáver sobre el carro funebre el 13 de marzo llovía á chaparrones: numerosísimo era el concurso, y todos convinieron en que acompañarle á pié hasta el Campo Santo, era el menor tributo que se podía rendir á su ilustre memoria. Y así fue en efecto. Muy despacible estuvo la tarde, y tanto era el tropel de gente, casi toda de viso, que no sin gran trabajo se pudo abrir calle para conducirlo á la sepultura; y ninguno de los que asistieron á tan triste ceremonia tachará de hiperbólico lo que afirmo. Naturalmente la juventud, que reconoce á Quintana por su mejor maestro, se apresuró á tributarle allí los últimos honores. Martos y Castelar, llamados á conquistar muchos laureles en la oratoria, le dedicaron muy sentidos discursos: tambien se oyó el inspirado acento de la Avellaneda; y no faltaron otras poesías que no carecen de buenos rasgos.

Materialmente Quintana ha muerto; moralmente vive y vivirá mientras no se extinga el patriotismo que llena toda su alma; ó mientras el sentimiento de la libertad, que le enardecía, sea inherente á la dignidad del hombre; mientras no se pierda la lengua de Cervantes, que posea tan perfectamente; mientras se rinda culto á las Musas,